

# Introducción

TODO lo que cuento es verdad, nada es mentira... Todo es tan real como la vida misma.

Aún recuerdo como si de un sueño se tratara a aquel hombrecillo de extraño aspecto con el que me topé en los dos primeros años como especial investigador en la Biblioteca Nacional de Madrid.

En una de las muchas mañanas en las que frecuentaba la Biblioteca Nacional me dirigí hacia la sala de manuscritos con un papel en el que había inscrito la signatura de un manuscrito que quería consultar y que acababa de sacar de uno de los archivadores. Entré en la sala y me dirigí como siempre al mostrador donde se entregaba la signatura del manuscrito solicitado y donde te asignaban el pupitre en el que tenías que esperar hasta que te entregan la documentación solicitada. Todo parecía transcurrir con la normalidad característica de este lugar tranquilo y apacible. La proximidad al ventanal por donde penetraba la luz por esa parte de la sala te invitaba a ver el patio de escasas dimensiones que poseía. Siguiendo con la vista la pared te encontrabas con el gigantesco cuadro de San Jerónimo que tantas veces observaba con curiosidad, examinado cada uno de los detalles que había alrededor de aquel santo semidesnudo en actitud eremita y dado al estudio junto a una calavera en las proximidades de una cueva.

Pero como si hubiera surgido de la nada... un escalofriante suspiro o susurro salió de detrás de mí, dándome la sensación de que lo tenía justo detrás, en la nuca, susurrando. Aquella especie de respiración en la que parecían debatirse más de una voz me dejó inmóvil y sin intención alguna de girarme al escuchar semejante guirigay. Pero de repente escuché

cómo alguien se levantaba y arrastraba sus pasos por mi derecha hasta que vi a un hombre cuyo aspecto parecía sacado de alguna película de ficción. Era un hombre de avanzada edad, estaba encorvado hacia delante y su cuello apenas se veía, pues su barbilla casi tocaba su pecho; cabizbajo e inquieto, con esa especie de susurro igual de molesto que inquietante, cojeaba de su pierna izquierda y parecía llevarla arrastras, aunque esto no le impedía ir a toda prisa hacia las estanterías que se encontraban en el margen izquierdo de la sala, para desaparecer segundos después de mi vista. Me dieron ganas de levantarme y observar disimuladamente qué era lo que tanta inquietud y algarabía le provocaba a este curioso personaje con el pretexto de que al pasar por su pupitre para consultar los archivadores que teníamos a la espalda mirar de reojo esos dichosos apuntes que tanto alteraban a este sujeto. Pero con más temor que prudencia preferí no hacerlo por posibles represalias, ya fueran humanas o lo que sólo Dios sabe lo que fuera que estuviera investigando. Fuera lo que fuera estaba muy cerca de su objetivo por la actitud y el desenfreno que parecía tener cuando se levantó de esa manera del pupitre. Se trataba de la misma actitud de cuando encuentras algún indicio o pista que te acerca cada vez más a tu objetivo.

«Si no controlas la fuerza ésta terminará por dominarte a ti.» Estas mismas palabras que vinieron a mi mente al observar semejante escena me las dijeron cuando comenzaba mis primeros pasos en este trabajo que tantos años me ha llevado realizar. Por lo que por un momento temí que yo también acabara como aquel sujeto encorvado, ya que se dieron muchos casos en los que algunos investigadores que se adentraron en el mundillo de los enigmas de la historia y de su parte más oculta terminaron por hacer mella tanto física como mentalmente, conduciéndoles en los casos más extremos hasta la locura.

Gracias a Dios éste no fue mi caso, o por lo menos hoy día no. Espero que no lo sea nunca, puesto que me temo que una vez que entras en el juego no sabes cuándo y cómo vas a acabar. Y es que aunque al lector le parezca extraño encontrar en este libro, prácticamente dedicado a La Alcarria, la sorpresa de que haya capítulos como el de esoterismo en Cuelgamuros y el Monasterio de El Escorial es porque éstos guardan relación con un pueblecito de La Alcarria en el cual se encuentra grabado el Víctor de Franco en la fuente que Felipe II, catalogada como la séptima fuente de agua medicinal. Y es que los enigmas que siempre han rodeado a la historia, así como al destino del ser humano, hace que un camino en apa-

riencia recto se bifurque en algunas ocasiones hacia lugares inesperados o hacia lo que se trataría de nuestro propio camino iniciático.

En este libro se encontrará con leyendas perdidas (como *Las leyendas de mi Alcarria*, de Saturnino Ortega Montealegre), las tradiciones mágicas que envuelven los tesoros malditos, los constructores del románico, geometría sagrada, las marcas del cantero, los templarios, las vírgenes negras, *El cantar de los cantares*, de Ezra de Gerona; los sabeos, Salomón y la reina de Saba, los caldeos, la alquimia presente en los monumentos religiosos briocenses, el esoterismo, la cábala, Hiram Abiff y los hijos de la viuda según la tradición luciferina de los masones, así como las tradiciones recogidas tanto hebreas como judías, musulmanas y cristianas en relación a las siete puertas del infierno. Esto y otras muchas cosas más...